Los Países y sus costumbres

LA HISTORIA DE INGLATERRA

NO siempre el mundo, sujeto a las ineludibles leyes históricas de la evolución y del progreso, ha sido lo que es hoy, y cualquiera de las épocas en que pudiéramos dividir la vida del universo sería siempre esencialmente distinta de las otras. Dicho está implícitamente que esta afirmación alcanza a cada uno de los pueblos de la Tierra, como partes que son de aquel gran todo. En la historia de Inglaterra, como en la de cualquier otra nación, pueden distinguirse tres períodos principales: el de los orígenes y primeros pobladores del territorio; el de luchas interiores y exteriores que conducen a la constitución estable de la nacionalidad; y, por último, el del desenvolvimiento y vicisitudes ulteriores hasta nuestros días. Comenzaremos, pues, exponiendo lo que se sabe acerca de los primeros pueblos que habitaron las Islas Británicas, para continuar luego narrando los principales sucesos hasta la muerte de Guillermo el Conquistador.

PRIMEROS POBLADORES, E INVASIONES HASTA EL SIGLO XII

¿QUÉ ERA DE LAS TIERRAS BRITÁNICAS EN LOS TIEMPOS REMOTOS?

He aquí una pregunta difícil de contestar cumplidamente.

Según permiten suponer los datos que hoy poseemos, en el período llamado glacial, intermedio entre las épocas terciaria y cuaternaria, las Islas Británicas, tal como hoy las conocemos, no existían, pues a la sazón formaban parte del continente. Más adelante, las tierras descendieron hasta quedar muy por debajo de su actual nivel, y entonces el territorio británico se redujo a un archipiélago de pequeñas islas, que, al sobrevenir luego la segunda invasión de los hielos y producirse un nuevo levantamiento del terreno, vinieron a recobrar su extensión primitiva. Estos grandes trastornos geológicos trajeron aparejado un cambio radical en las condiciones climatológicas, y si hasta entonces la existencia del hombre es puramente hipotética, deja de serlo al iniciarse la época cuaternaria; de ella tenemos ya pruebas irrecusables en los numerosos yacimientos de utensilios y armas pertenecientes a esta época. Por los rudos y toscos instrumentos en forma de pera, hallados en las tumbas de graba, se ha comprobado que las Islas Británicas estaban ya pobladas en el primer tercio de la época cuaternaria. De la edad de las Cavernas se han hallado harpones para pescar, puntas de flechas para cazar pájaros, agujas de hueso para coser pieles, y dibujos rudimentarios, hechos en piedras, representando al mammut, al reno y al buey.

LOS PRIMEROS HABITANTES DE INGLATERRA

Esos vestigios han puesto de manifiesto que los primeros habitantes de Inglaterra (al menos los primeros de que los tales restos vienen a darnos noticia) fueron hombres de la raza de Canstadt; pero ésta, más tarde, en el período de transición, cuando ya bajaba el nivel de las aguas, comenzó a ser substituída por la de Cro-Magnon; y en el período del reno, en que ya las Islas Británicas se habían separado del continente para tomar su actual forma, los hombres de esta raza predominaron sobre los de la primera.

Rudos, toscos, con la inteligencia sumida en las tinieblas de la más crasa ignorancia, aquellos hombres de las primeras edades vivieron a orillas de los ríos o en cavernas, no cultivaron el suelo y usaron armas y utensilios de piedra, de grosera construcción. Poco a poco fueron perfeccionando ésta y haciendo algunos otros progresos, primeros frutos del despertar de su mente: ya el hombre neolítico afina la construcción de sus armas e instrumentos, que aun siguen siendo de sílex, como los de su antecesor, el hombre paleolítico, pero mucho más perfectos; posee rebaños de animales domésticos, y comienza a fabricar sus primeras vestiduras. De él parece que datan los numerosos *mounds* y *cromleks* que a cada paso se hallan en Inglaterra,

cuya abundancia nos demuestra que a la sazón estaban ya pobladas en su mayor parte las tierras británicas.

Como puede suponerse, estos primeros pobladores de Inglaterra no habían de ser los únicos. Con el tiempo, fueron a establecerse junto a ellos hombres de diversas razas venidos de apartadas regiones, y hay sobrados motivos para creer que la primera invasión realizáronla hombres del tipo finés, que convivieron pacíficamente con los naturales, a los cuales en parte subyugaron, y mezclando su sangre con la de ellos, produjeron un pueblo que, al ser luego absorbido por la primera oleada de los celtas, comenzaba a dar los primeros pasos en la senda de la civilización y sabía laborear los metales.

LAS TRIBUS CELTAS QUE OCUPARON LAS ISLAS BRITÁNICAS ANTES DE LA CONQUISTA ROMANA

Con las invasiones celtas nos acercamos a los tiempos históricos, pues de ellas tenemos ya noticia clara y concreta. Fueron dos, efectuadas por las dos grandes ramas de la familia céltica: los *gaels* (*goidel*, como ellos a sí mismos se llamaban) y los britanos, britones o bretones (*brython*, en lengua galesa). Estos dos grupos celtas se distinguen uno de otro por las hondas diferencias lingüísticas que establecen entre ambos una línea divisoria. Descendiente de los gaels es el pueblo que en Irlanda, en la isla de Man y en las montañas del Norte habla el gaélico, lengua que existía también en Gales y Devón hacia el siglo VI y quizá más tarde. Representan el otro grupo lingüístico, es decir, el británico, los galeses y bretones. Estos últimos, que en el curso de esta historia llamaremos britanos para distinguirlos de los bretones de Francia, pueden ser considerados como galos que pasaron a establecerse en el país que a ellos debe su antiguo nombre de Britania, como les debe el suyo la Bretaña francesa.

Poco a poco fueron dividiéndose y subdividiéndose unos y otros en pequeñas agrupaciones autónomas; y al entrar en los tiempos históricos estaba repartido el territorio británico entre unas cuarenta tribus, de las cuales las principales eran: los canticanos u hombres de Kent; los belgas, que ocupaban las actuales comarcas de Hampshire y Wilts; los damonios, que gradualmente fueron extendiéndose desde el río Exe hacia la costa sudoccidental, hasta el mismo cabo Land's End; los siluros, poderosa tribu, que llevó sus armas desde las orillas del Wye, su original asiento, al Dee y al Océano, y cuya autoridad reconocían los ordovicos y dimetas, habitantes de las montañas septentrionales y del distrito occidental de Gales; los trinobantes, al este de la isla, entre el Támesis y el Stour, cuya capital era Londres; los icenios o icenos, cuyas dos ramas de cenimagnos y coitanos se extendían desde el Stour hasta Humber; los dobunos o dubonios y los catuvelaunos, confederados bajo el gobierno de Casivelauno, que vivían a lo largo de la orilla izquierda del Támesis, entre el Severn y los trinobantes; los cornavios y algunas otras tribus de menor importancia, que habitaban más arriba; los brigantes, que constituían el más poderoso de los pueblos británicos y que, comprendidos entre el Tyne por el norte y el Humber por el sur, habían sojuzgado a los volantios y sistuntios de la costa occidental; los maiates o maietas, nombre con que se designaban cinco tribus situadas al norte de los brigantes; y más allá de éstos ocupaban finalmente los lagos y montañas del Norte varias tribus, entre las cuales descollaban como más belicosos los bravíos caledonios.

LA VIDA EN INGLATERRA ANTES DE LA CONQUISTA ROMANA

De todas las referencias que nos han legado los escritores romanos, y antes que ellos, los griegos Piteas y Posidonio, se infiere que, en las últimas centurias antes de la era cristiana, estaba Inglaterra muy poblada y que sus habitantes, comparados con los griegos y romanos, se hallaban en los albores de la civilización. Los britanos no se cuidaban gran cosa de cultivar la tierra; la leche de sus rebaños y la caza constituían la base de su alimentación; vestíanse con pieles; vivían en chozas, y su comercio se reducía

DESEMBARCO DE LOS SOLDADOS ROMANOS EN LA COSTA DE KENT HACE 19 SIGLOS



UNA COLINA DE KENT, DONDE LOS ANTIGUOS BRITANOS OPUSIERON LA ÚLTIMA RESISTENCIA A LOS ROMANOS

Julio César llevó sus armas a Inglaterra 55 años antes del nacimiento de Cristo. No conquistó el país; lo visitó con su ejército y describiólo en sus libros cuando regresó a Roma. Cien años más tarde, enviaron los romanos un ejército a Inglaterra, y los antiguos britanos fueron derrotados en una batalla que tuvo por teatro la colina representada en el grabado del pie de esta página, en tierras de Hextable, en Kent. Poco a poco, los romanos fueron ganando terreno hasta que acabaron por establecerse y gobernar Britania.

a la exportación de cueros y estaño, que allí iban a buscar los extranjeros.

Semejantes en sus costumbres, idioma y religión a los galos del continente, los britanos gobernábanse formando pequeños principados sujetos a la autoridad de sendos jefes, que se unían ante el peligro común, llegado el caso; sus armas guerreras eran la lanza y el hacha, y usaban en los combates carros de guerra armados de guadañas, en cuyo manejo parece que eran muy diestros.

La religión de los britanos entraba por mucho en su gobierno, y los druidas, que eran los jefes, gozaban de una autoridad muy alta. Estos sacerdotes pretendían conocer lo porvenir, y, además de las severas penas que podían imponer en este mundo, inculcaban la doctrina de la transmigración de las almas, aumentando así su autoridad con el terror que sabían inspirar; inmolaban víctimas humanas en sus dólmenes, o altares formados por cuatro grandes piedras, tres de ellas colocadas de lado y la cuarta encima, que aun pueden verse hoy en muchos sitios; y añadiendo a sus supersticiosos ritos una austeridad de costumbres, rígida hasta la exageración, lograron ser adorados por el pueblo, sobre el cual llegaron a tener derecho de vida y muerte.

LOS ROMANOS

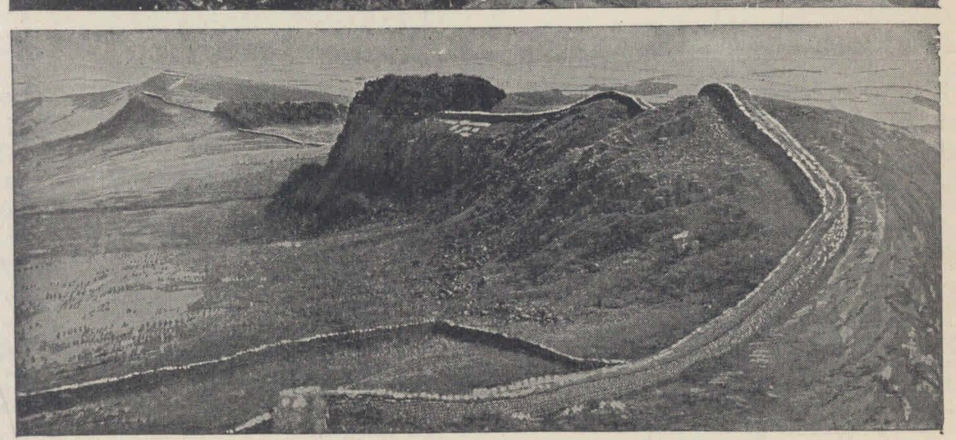
Así estaban las cosas a mediados del siglo I, antes de Jesucristo, cuando una nación mediterránea, que había logrado hacerse dueña del mundo conocido, emprendió la conquista de Inglaterra. Esta nación fué Roma, y el encargado de acometer la empresa, Julio César. En el verano del año 55, antes de Jesucristo, el gran caudillo pasó a la Britania, derrotó a los naturales que quisieron oponerse a su desembarco y tornóse a la Galia después de imponerles condiciones, cuyo incumplimiento le obligó al año siguiente a volver con fuerzas más numerosas.

César, que dedicó los escasos ocios de su vida de soldado a escribir sobre sus expediciones, nos ha legado abundantes noticias acerca de los britanos. En realidad, no conquistó él la Britania; en la centuria siguiente, reinando Claudio, fué cuando Roma, hallándose en mejores condiciones para emprender la conquista, pensó seriamente en someter a su yugo a los britanos, y en el año 53 de la era cristiana envió una fuerte expedición mandada por Plaucio, la cual, formada por soldados aguerridos y habituados a vencer, obtuvo pronto el éxito que solían alcanzar las armas romanas. Poco a poco, a medida que los romanos, dueños de mejores y más seguros medios de combate que los naturales, a quienes superaban también en disciplina, iban ganando terreno, retrocedían los britanos más y más, yendo a buscar refugio en las altas mesetas de Cornualles y en los montes de Gales y Cumberland. En estas comarcas, especialmente en Gales, es donde hallamos aún reminiscencias del lenguaje de los antiguos britanos y donde la religión de los druidas se conservó por más tiempo.

Los britanos acabaron por hacer vida común con sus dominadores, de quienes aprendieron muchas cosas. Ayudaron a los soldados a sanear los pantanos, a hacer cortas de arbolado, a arrancar la maleza de los bosques y a construir magníficas carreteras que cruzaron el país de extremo a extremo, y al fin aceptaron gustosos la civilización que Roma les imponía.

LA REINA BOADICEA Y EL BRAVO CARACTACO

Dos grandes nombres británicos descuellan entre todos en el siglo I de la Era cristiana. Boadicea, reina de los icenos, tuvo el valor de resistir a los romanos, que habían usado de inhumana crueldad con ella y con sus hijas, y la heroica mujer, cuando al frente de sus huestes fué vencida, prefirió darse la muerte antes que verse uncida al carro del vencedor. Otro gran caudillo britano fué Caractaco. También éste, que a la cabeza de los catuvelaunos y siluros había hecho frente a Plaucio, a pesar de su brava resistencia, fué vencido, y, menos afortunado que luego lo fué Boadicea, cayó prisionero con su mujer y sus hijos. Conducido a Roma el héroe britano, conceptuán-



LOS RESTOS DE LA MURALLA ROMANA, TAL COMO SE VEN HOY EN CÚMBERLAND

Los romanos, durante su dominación en Britania, hace 1800 años, construyeron dos grandes murallas en Inglaterra y Escocia para defender a los britanos de las acometidas de sus vecinos del Norte, los pictos y los escotos; y esas murallas pueden verse todavía en algunas partes del norte de Inglaterra. La que cruzaba esta región, tenía 110 kilómetros desde la desembocadura del río Tyne, hasta la del Solway; la de Escocia era más corta, e iba desde el golfo de Clyde hasta el de Forth.

dose como rey que había nacido libre y no como un esclavo, dirigió al emperador Claudio estas palabras al hallarse en su presencia: « Tú luchas por conquistar el mundo entero y hacer de todos los hombres tus esclavos; yo lucho por defender mi patria y por la libertad ».

LA OBRA CIVILIZADORA DE LOS ROMANOS

Cerca de cuatro centurias fué la Britania una provincia romana. Durante ese tiempo hubo grandes generales que supieron consolidar la conquista, entre ellos Julio Agrícola, que construyó una línea de fuertes entre el Forth y el Clyde, para proteger el territorio sujeto a Roma de las incursiones que en él hacían los indómitos montañeses del Norte; y entre los emperadores hubo algunos como Adriano y Septimio Severo que estuvieron en Britania y construyeron murallas para separar el territorio británico del de los pictos y escotos, fieros pueblos caledonios que vivían en Escocia y en Irlanda. Aun pueden verse restos de la muralla edificada entre el Solway y el Tyne, y en todo el país quedan vestigios romanos, sobre todo en el lenguaje, que perpetuará muchos nombres de lugares, como Chéster, Lancáster, Léicester, del latín *castra* (campamento), Stratford, de *strata* (caminos, calzadas, vías), y otros muchos que por falta de espacio no citamos.

Bajo el imperio de Roma recibieron los britanos la civilización del mundo latino. La construcción de caminos públicos, la edificación de casas de campo, la fundación de escuelas, la acuñación de monedas, la erección de estatuas, todo prueba que los britanos hicieron grandes adelantos. Hacia el siglo III, los romanos y britanos comenzaron a abandonar el culto de los dioses de sus padres y a escuchar las predicaciones de misioneros cristianos.

APARICIÓN DE LOS PRIMEROS PIRATAS EN LAS COSTAS BRITÁNICAS.—LA DECADENCIA DE ROMA

Pero pronto comienza a declinar el poder del imperio romano. Los pictos y escotos tornábanse más audaces cada vez, al mismo tiempo que la costa sud-oriental de Inglaterra se infestaba de piratas que, año tras año, venían de allende el mar a desembarcar donde más les convenía y sembraban la alarma y el terror con sus depredaciones y violencias. Y por si esto era poco, en otras muchas partes del gran imperio los pueblos oprimidos pugnaban por sacudir el yugo romano, y fieras tribus bárbaras cruzaban ya las lejanas fronteras y enderezaban sus pasos hacia la propia capital del pueblo rey. La única idea salvadora que podían poner en planta los romanos era abandonar las provincias más distantes y llamar a los soldados para que los ayudasen a defender el corazón de su ya caduco imperio.

LOS ROMANOS ABANDONAN LA BRITANIA Y DEJAN A LOS BRITANOS EL GOBIERNO DE SÍ MISMOS

Así se hizo; y en su virtud, los romanos de Britania fueron llamados por el gobierno imperial. Prepararon una cordial despedida, y después de ayudar a los britanos a reconstruir los fuertes y las murallas y de darles las mejores instrucciones para poder gobernarse, dejaron el país con ánimo de no pisar más un suelo que habían poseído por espacio de cuatro siglos.

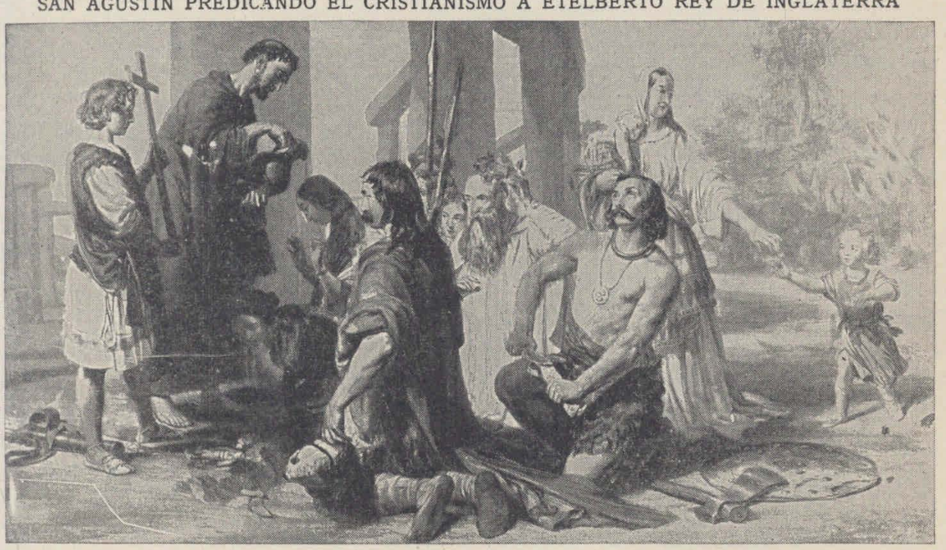
Con todo, los britanos conservaron una remota esperanza de que, cuando llegase la ocasión, Roma los auxiliaría, como lo prueba la célebre misiva en que más tarde pidieron el envío de soldados y que en la historia se conoce con el nombre de « Súplica de los britanos ». El texto conmovedor de esta carta, reza así: « Los bárbaros nos empujan hacia el mar y el mar nos rechaza hacia ellos; no tenemos más remedio que perecer a sus manos o hundirnos en el abismo ». Mas Roma a la sazón (año 446) no podía ya ayudarles, y su respuesta vino a desvanecer toda esperanza.

SITUACIÓN DE LOS BRITANOS.—LOS NUEVOS INVASORES

Los bravíos pictos y escotos no tardaron en asaltar la indefensa muralla, invadieron el país de los britanos y quemaron lo que no pudieron llevarse consigo a sus montañas; y a todo esto, los piratas, que habían ido enseñoreándose

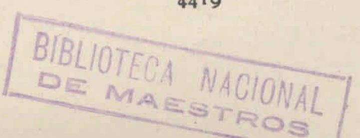
LA PREDICACIÓN DEL CRISTIANISMO EN INGLATERRA

SAN AGUSTÍN PREDICANDO EL CRISTIANISMO A ETELBERTO REY DE INGLATERRA



SAN AGUSTÍN BAUTIZANDO A LOS PRIMEROS INGLESES

Hacia el año 600 de la era cristiana, un monje conmovido por el triste espectáculo de algunos niños ingleses que eran vendidos como esclavos en el mercado de Roma, concibió la idea de que se predicase el cristianismo a la patria de aquellos niños. Llegó con el tiempo a ocupar el solio pontificio con el nombre de Gregorio I, llamado el Magno, y entonces envió a Agustín con cuarenta compañeros a Inglaterra.



de las costas eran cada vez más fuertes y numerosos. Éstos, en sus correrías, quemaron villas y aldeas, devastaron los campos y redujeron a Londres, que había llegado a ser ya una ciudad importante, a perecer por hambre, cortándole todo medio de comunicación y abastecimiento. De nuevo los britanos se vieron obligados a huir a las montañas del Oeste, y los que así no lo hicieron convirtiéronse en esclavos de los recién venidos idólatras, que se constituyeron en verdaderos dueños de sus hogares y haciendas.

Es general la creencia, abonada por multitud de circunstancias que le dan carácter de certeza, de que estos piratas invasores son los verdaderos progenitores del actual pueblo inglés. La mitad de las palabras de este idioma, que son todas las usuales, provienen del lenguaje que aquellos invasores empleaban al desembarcar en las costas británicas; y además de todo esto, gran parte de las leyes, de los procedimientos de gobierno, y de las costumbres inglesas que a través de los siglos se han ido desenvolviendo, dimanan de las que ellos trajeron consigo junto con el apasionado amor a la libertad, que los ingleses han heredado de aquellos hombres venidos de las costas del extremo sudeste del Mar del Norte.

Con estas invasiones, y la posterior de los daneses, se inaugura un período de luchas y trastornos, entre los que surge la augusta figura de Alfredo el Grande, preparándose al advenimiento de los normandos, que habían de echar las bases de la nacionalidad inglesa.

LOS PRIMEROS CIMIENTOS DE LA NACIONALIDAD INGLESA

Cosa en verdad bien triste debió de ser para el habitante del litoral, para el desdichado « guardián de la costa », en Kent y en otras partes, el ver cómo los nuevos invasores tomaban tierra en sus playas, y cómo aquellos hombres fornidos, de larga cabellera y bronceada tez, armados de escudos y blandiendo espadas, se hacían en poco tiempo dueños de saneados trozos de terreno junto a la desembocadura de un río o a orillas de una abrigada bahía. Pronto hubo por doquier, ya jefes, como Alfredo o Clapa, ya familias, como la de Billing y Harling, que establecieron sus *ham* o moradas (en inglés moderno *home*), y fundaron sus *ton* o villas (town), como en Clapham y Alfreton, Billingham y Harlington. Sirviéndonos de guía esos nombres y otros muchos (tales como *wick*, que significa aldea, y *staple*, almacén o arsenal), podemos trazar la línea de los establecimientos que fundaron a lo largo de la costa, en las riberas de los ríos y en medio de las fértiles llanuras. Todavía están en uso esos nombres y se ven en los mapas actuales.

También éstos nos muestran hasta cierto punto las diversas tribus de aquellos invasores que, abandonando sus arenosas y frías playas del extremo sudeste del Mar del Norte, cruzaron éste para ir a establecerse en las costas de Inglaterra. Los jutos sentaron sus reales en la isla de Wight y en Kent, que aún conserva su nombre de una antigua tribu británica. Cuatro grupos o ramas de los sajones, llamados sajones meridionales, orientales, centrales y occidentales, se establecieron respectivamente en las comarcas que de ellos se llamaron Sussex, Essex, Middlesex y Wessex. Los anglos se asentaron en Estanglia (*East Anglia* o anglos del este), en Norfolk (el país de las gentes del Norte) y Suffolk (el país de las gentes del Sur), y en Lincolnshire: ellos fueron los que al fin dieron su nombre a todo el territorio, que vino a llamarse, andando el tiempo, Angleland o Inglaterra.

EGBERTO, EL PRIMER REY DE INGLATERRA

Durante cierto tiempo, el país se mantuvo dividido en varios reinos que, por ser siete (Kent, Sussex, Essex (comprendiéndose en éste el de Middlesex), Wessex, Estanglia, Mercia y Northumberland) constituyeron la llamada *heptarquía* anglosajona. No siempre fueron amigos, antes bien guerrearon con frecuencia; pero por último, allá en los comienzos del siglo IX, acabaron por reconocer un soberano común, Egberto, a quien por esta razón le da la historia el título de primer rey de Inglaterra.

LOS FEROCES PIRATAS QUE SAQUEARON A INGLATERRA



En los tristes y penosos tiempos por que atravesó Inglaterra, hacea hora unos mil años, fueron a caer sobre las costas inglesas numerosas tribus de hombres feroces y crueles que turbaron la paz del pueblo inglés, incendiando sus monasterios e iglesias y saqueando sus ciudades. Aquellos bárbaros eran los daneses, los audaces navegantes que vivían en las llanuras de Dinamarca y Suecia y a lo largo de la costa de Noruega.

Después de él ha habido más de cincuenta.

Los condados o divisiones, *shires* de *shears* (tijeras, cortar), dotados de autonomía administrativa, en que el país está hoy dividido, fueron formándose gradualmente en aquellos lejanos tiempos.

LA PREDICACIÓN DEL CRISTIANISMO EN INGLATERRA

En el pontificado de San Gregorio Magno, la religión cristiana que los idólatras anglosajones habían reducido al más deplorable estado, cobró en Inglaterra nuevo vigor y lozanía. Las cruces de piedra labrada recuerdan a los ingleses de hoy día la labor de aquellos misioneros, que de Irlanda fueron a predicar a los salvajes del Norte, y de Roma llegaron al Sur dispuestos a persuadir a los hombres a que abandonasen los dioses de sus mayores y se acogiesen al seno de la religión de Cristo.

No hace muchos años se erigió una hermosa cruz cerca de Minster, en la antigua isla de Thanet, para señalar el sitio en que el monje Agustín, el misionero romano que luego había de ser consagrado obispo de Cantórbery y andando el tiempo venerado como santo, desembarcó a fines del siglo VI.

La obra de San Agustín fué fructífera. Secundado por la reina Berta, princesa franca, esposa de Etelberto, rey de Kent, logró que éste abrazase el cristianismo con todos sus súbditos; poco a poco fueron siguiendo este ejemplo los demás reinos, y, antes que transcurriera una centuria, la heptarquía anglosajona fué cristiana. Los monasterios ofrecieron entonces un apacible retiro donde poder guarecerse del furioso torbellino de aquellos revueltos tiempos, y a ellos se acogieron multitud de hombres y mujeres para leer y escribir, meditar y orar en la quietud de la vida religiosa.

EL CÉLEBRE MONARCA EDWIN.—EL PRIMER POETA Y EL PRIMER HISTORIADOR

Entre los primeros reyes cristianos figura Edwin como uno de los más grandes. Él fundó a Edimburgo (*Edimburg*, « burgo » o ciudad de Edwin). Necesitaba una poderosa fortaleza que, protegiendo las fértiles tierras del sur del Forth, dominase los caminos del norte; y el castillo roquero situado entre los montes y el mar, dió la necesaria protección a la ciudad, que fué creciendo y desarrollándose en torno de su base.

Por este tiempo surgió el primer poeta inglés, Cedmón, que vivió en el monasterio de Whitby, en Yorkshire, adonde se había retirado después de descubrirse su portentoso numen poético.

Algo más al norte, en Yarrow, vivió y murió el gran erudito y escritor Beda, llamado « el Venerable Beda », que pasó su existencia estudiando y enseñando, traduciendo y escribiendo libros para los discípulos que siempre le rodearon. Su obra maestra es quizá la historia de la Iglesia de Inglaterra, que le ha valido el título de « primer historiador inglés ».

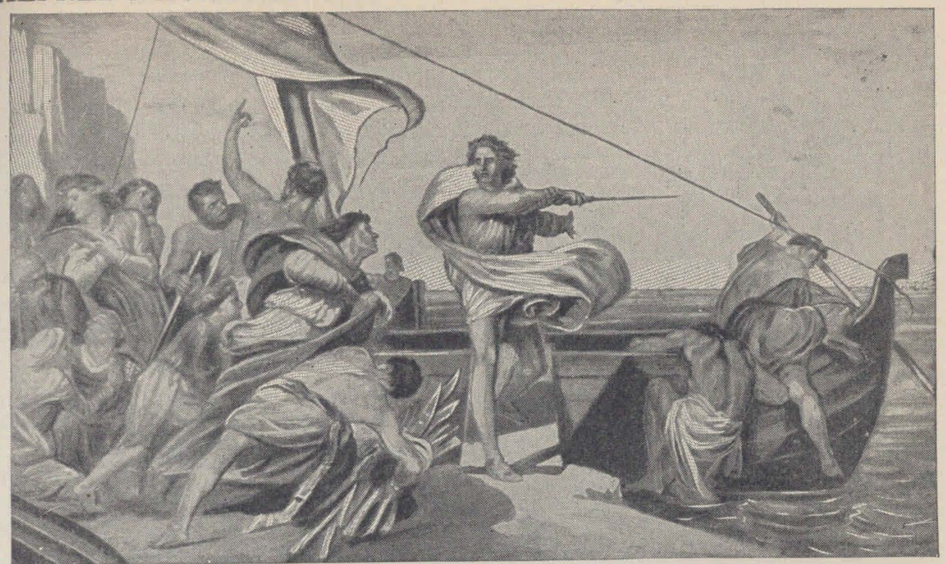
EL LIBRO DE BEDA Y LAS COSAS QUE REFIERE

En este libro puede leerse cómo y por qué San Agustín fué enviado a predicar el cristianismo en Inglaterra. En cierta ocasión, un grupo de muchachos hermosos, de rubia cabellera y ojos azules, que iban a ser vendidos como esclavos en el mercado de Roma, atrajo la compasión de un joven religioso, que más tarde fué el papa Gregorio Magno, el cual, cuando supo que eran anglos y paganos, hizo un donoso chiste con su nombre nominativo diciendo, con alusión a su hermosura: « *Non angli, sed angeli forent, si essent christiani* » (No anglos, sino ángeles serían, si fuesen cristianos); y al enterarse de que eran nacidos en Deira, añadió: « *De ira Dei liberandi sunt* » (De la ira de Dios se han de librar). Y tan pronto como ocupó el solio pontificio envió a San Agustín, en compañía de otros muchos misioneros, a Inglaterra, para que predicasen el Evangelio entre los anglosajones y educasen a los niños del país en la religión cristiana.

CÓMO LOS FEROCES DANESES CAYERON SOBRE INGLATERRA

No hacía mucho que Egberto de Wessex se había erigido en único soberano desde el Forth hasta el Canal, cuando a fines del siglo VIII y principios del IX hicieron irrupción sobre las costas nue-

ALFREDO ACAUDILLA A SU PUEBLO CONTRA LOS DANESES



LA MUJER DE UN PORQUERO INCREPA FURIOSA AL REY, A QUIEN NO CONOCE

En medio de la miseria y tribulación del pueblo inglés, causada por los belicosos daneses, surgió uno de los reyes ingleses más notables, Alfredo *el Grande*, el cual vivió una vida intranquila y en ocasiones tuvo que huir y ocultarse de sus enemigos. Una vez se refugió en la choza de un porquero cuya esposa le permitió componer su arco junto al fuego a condición de que cuidase que no se quemaran las tortas que se cocían en el rescoldo. Pero Alfredo, preocupado por su situación, olvidó el encargo y las tortas se quemaron, siendo reconvenido ásperamente por la mujer del porquero, la cual ignoraba que aquel hombre fuese su rey.

vas bandas de piratas. Eran éstos más rudos y feroces que las tribus inglesas de tres siglos atrás. Venían cruzando el Mar del Norte, como los jutos, sajones y anglos, y tenían su patria en los llanos de Dinamarca y Suecia y a lo largo de la sinuosa costa de Noruega. Todos eran de una raza: daneses; normandos u hombres del Norte; *vikings* u hombres de los fiordos y ensenadas. « ¡De la saña normanda líbranos, Señor! », rezaban los cristianos amenazados por ellos; y esta breve plegaria da cabal idea del carácter y feroz condición de aquellas gentes.

ALFREDO EL GRANDE: SUS VICISITUDES

En medio de tanto horror vino a regir los destinos del país, en la segunda mitad del siglo IX, el noble rey inglés Alfredo *el Grande, el Veraz, el Prudente*. Sus títulos y las grandes cualidades que la tradición le asigna muestran bien el amor que su pueblo le tenía. En los comienzos de su reinado mantuviéronse quietos cierto tiempo los daneses, y él supo aprovechar aquella tregua para construir naves que impidieran hacer nuevos desembarcos, echando así los cimientos de la marina inglesa, restablecer en el país la tranquilidad y el orden e instruir soldados para la guerra.

Algo más tarde las cosas marcharon mal para Alfredo, y éste, acosado por los daneses, vióse obligado a huir de ellos y a ocultarse. Cuéntase que cierto día buscó refugio en la choza de un porquero, en ocasión en que la mujer del pastor estaba haciendo unas tortas. No reconociendo al rey, ella le dió acogida y le dejó acomodarse junto al hogar para recomponer su arco, a condición de que cuidaría de las tortas puestas al fuego mientras salía a hacer algunos menesteres. Pero el joven monarca, absorto en hondas meditaciones sobre su situación y la del reino, olvidóse del encargo, y ello le valió luego una acre reprimenda de aquella buena mujer que, al volver y ver quemadas sus tortas, se despachó a su gusto con el autor de tal desaguisado, bien ajena de sospechar que estaba haciendo víctima de sus denuestos al propio rey de Inglaterra.

Más digna es de mención, por la astucia y el valor que revela y por su trascendencia histórica, la estratagema de que Alfredo se valió para enterarse de los planes enemigos yendo él solo disfrazado de bardo y provisto de un arpa al campamento danés, donde se congració con los soldados y permaneció el tiempo suficiente para enterarse de todo. Así alcanzó luego sobre los fieros normandos un decisivo triunfo, y el tratado de paz que siguió fué duradero.

CÓMO ALFREDO Y SUS DESCENDIENTES AYUDARON AL PUEBLO A ENGRANDECERSE

No tardó mucho Alfredo en hacer que su medio reino fuese más fuerte que el reino entero había sido antes de él. Reorganizó su ejército y construyó fortalezas; gobernó asesorado por una asamblea de notables, semejante en cierto modo al Parlamento de hoy día; e hizo cuanto pudo para instruir a su pueblo. Desde que los daneses habían destruído los monasterios reinaba la ignorancia por doquier, pues aquellos lugares de santo recogimiento eran realmente escuelas en que el pueblo aprendía a leer y escribir el latín, tan necesario en aquel tiempo.

Alfredo hizo venir de otros países hombres instruídos que escribieron, tradujeron y enseñaron todo cuanto les fué dable. El mismo rey les ayudó en su labor siendo discípulo suyo y estudiando y trabajando con ellos hasta el fin de sus días. Hay quien cree que por iniciativa suya se escribió la primera historia de Inglaterra en inglés, llamada « *Crónica Anglosajona* » o « *Inglesa* », de que existe un ejemplar o copia en el Museo Británico.

La obra de Alfredo fué continuada por su hijo, su hija y sus tres nietos, y por cierto tiempo pareció que los daneses habían llegado a formar parte de la nación inglesa y no iban ya a promover más disturbios. En los mapas actuales podemos reconocer los lugares en que ellos gobernaban, por sus nombres. Como los anglosajones decían *tun* o *ton* por *town* (villa o ciudad) y los daneses *by*, no hay duda de que Whitby, Derby y

GUILLERMO «EL CONQUISTADOR» PENETRA EN INGLATERRA



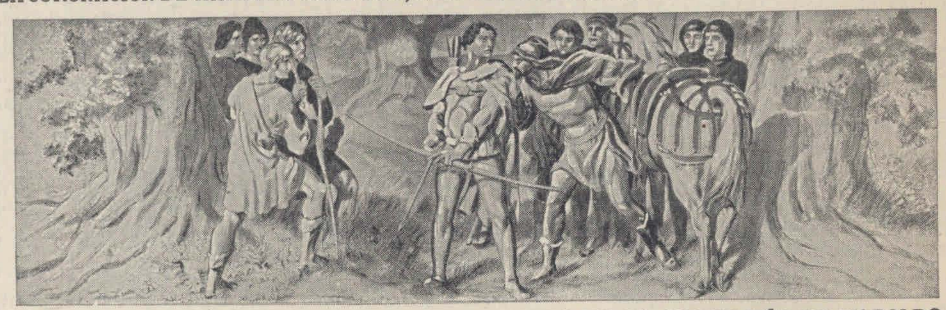
LA PRIMERA ENTREVISTA DE HAROLDO Y EL DUQUE GUILLERMO EN NORMANDÍA



HAROLDO PROMETE LA CORONA A GUILLERMO, JURÁNDOLE FIDELIDAD

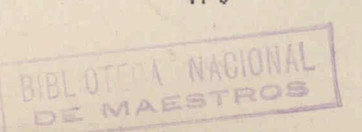


LA CORONACIÓN DE HAROLDO COMO REY, DESPUÉS DE LA MUERTE DE EDUARDO EL CONFESOR



GUILLERMO, ESTANDO DE CAZA, RECIBE LA NOTICIA DE LA CORONACIÓN DE HAROLDO

Cuando murió Eduardo el Confesor, en Enero de 1066 y fué enterrado en la hermosa abadía de Westminster que él había hecho edificar, fué elegido Haroldo rey de Inglaterra. Al saberlo el duque Guillermo de Normandía, en ocasión de hallarse cazando en Ruan, montó en cólera y dijo que Eduardo y Haroldo le habían prometido a él el reino. Guillermo pasó a Inglaterra con su ejército y una escuadra, y se dió una gran batalla en Hastings, donde murió Haroldo, y sus caballeros más bravos cayeron peleando en torno suyo. Guillermo había conquistado el reino, y desde aquel día comenzó una nueva época para Inglaterra.



Appleby, por ejemplo, eran danesas, sin contar los nombres daneses que se ven en otras partes, como *toft*, que significa cercado, en Lowestoft, *scar* (risco, arrecife) en Scarborough, etc.

Cuando se predicó el cristianismo entre los britanos, durante la dominación romana, extendióse a Irlanda la nueva fe y floreció allí con lozanía cuando los idólatras anglos y sajones la abatieron en Britania. Alzáronse por doquier iglesias y monasterios (cuyo número y belleza nos testifican hoy las ruinas descubiertas en Irlanda), y las gentes timoratas acudieron en tropel a buscar asilo en el único refugio que los azarosos tiempos podían ofrecerles.

ESCOCIA Y LOS NORMANDOS

Recordaremos que la Britania romana tenía por límite septentrional la línea de fuertes que Agrícola construyó entre los golfos Forth y Clyde, y que más tarde, el reino de Northumbria, regido por Edwin, el fundador de Edimburgo, también reconocía esta frontera. Las tribus que por espacio de mucho tiempo habían guerreado al norte de ella se hallaban por fin unidas bajo el gobierno de un rey llamado Kenneth, en el primer tercio del siglo X. Escocia, a la sazón, había padecido tanto como Inglaterra la invasión de los normandos, que pasaban de sus ensenadas, llamadas *fiordos*, a las ensenadas y golfos de la costa escocesa. Rodeando ésta, exploraron las islas Shetlands, las Órcadas, y las Hébridas y la rocosa cabeza de Escocia en el norte de Glenmore, en su ruta hacia la isla de Man. Hoy día aun se conservan muchas huellas de su paso.

EDGARDO «EL PACÍFICO», ETELREDO «EL IGNORANTE» Y CANUTO «EL DANÉS»

En la misma centuria que Kenneth vivió Edgardo *el Pacífico*, cuyo sobrenombre indica que mantuvo cordiales relaciones con sus vecinos. Este rey supo rodearse de tal prestigio y aumentar de tal modo su poder, que según se cuenta, obligó un día a seis príncipes tributarios suyos a remar en ocasión en que navegaba por el Dee.

En el reinado de su hijo Etelredo, llamado *el Ignorante*, porque no era amigo de intruirse y de tomar buen consejo, llegaron a Inglaterra nuevas bandas de daneses, a quienes Etelredo, obrando con notoria insensatez, dió dinero para que se marchasen del país; pero ellos, como era de esperar, no tardaron en volver en mayor número. Las cosas fueron de mal en peor, y Etelredo se vió obligado a pasar el Canal y buscar refugio en Normandía, al lado de la familia de su esposa. Así fué como Canuto, el rey danés que también ejerció soberanía en Noruega, añadió a su imperio el reino de Inglaterra.

COMIENZOS DE LA INFLUENCIA NORMANDA EN INGLATERRA.—EDUARDO EL CONFESOR

Mientras las primeras hordas de normandos llevaban la devastación y el saqueo a Inglaterra y Escocia, arribaban otras a las costas de Francia, llamada entonces *tierra de los francos* (la antigua Galia de César) y se establecieron allí, en el reinado de Alfredo. Conquistaron toda la hermosa provincia que de ellos se ha llamado más tarde Normandía (esto es, tierra de los normandos), y pronto dejaron de hablar su propia lengua para aprender la de los francos y expresarse en un nuevo lenguaje, mezcla de ambos, que los filólogos llaman hoy franco-normando.

Aquellos hombres intrépidos y feroces gobernábanse por medio de soberanos que llamaban «duques». De uno de éstos, conocido en la historia con el nombre de Ricardo *Sin Miedo*, era hija Emma, la esposa de Etelredo. Cuando ambos consortes residieron en Normandía abandonando su reino a los daneses, su hijo Eduardo se educó en este país bajo la dirección de sabios religiosos. Cuando Inglaterra se cansó de tener reyes daneses (no tuvo más que tres de ellos) y ofreció a Eduardo el trono de sus mayores, el nuevo rey no se mostró muy dispuesto a desplegar toda la actividad que requerían los asuntos de su patria en los momentos críticos, y fué causa de general descontento el favor que dispensó a los normandos llevados por él consigo.

Un poderoso noble inglés, el conde de Godwin, le obligó, hasta cierto punto, con sus revueltas a cumplir sus deberes de soberano. Pero el mayor placer de Eduardo era construir iglesias, y a él debe Inglaterra la hermosa abadía de Wéstminster, edificada según el modelo de la que había visto en Normandía.

Dícese que Eduardo prometió a su pariente Guillermo de Normandía legarle el trono de Inglaterra cuando él muriese; mas sea o no esto cierto, ello es que Guillermo resolvió ocuparlo a toda costa. Murió Eduardo *el Confesor*, como la historia le llama por su piedad, en Enero de 1066, y al día siguiente de celebrarse sus exequias en la famosa abadía, terminada muy poco antes, volvía a congregarse en ella el pueblo para coronar al sucesor elegido, y que no era otro que Haroldo, hijo del conde de Godwin, conocido y estimado por su valor, por su talento y por su odio a los normandos.

GUILLERMO DE NORMANDÍA PASA A INGLATERRA EN SON DE GUERRA.—DERROTA Y MUERTE DE HAROLDO

La furia de Guillermo no reconoció límites cuando supo que Haroldo era el sucesor de Eduardo, y el duque normando se aprestó a organizar un ejército y una flota para conquistar la corona que él consideraba suya.

Guillermo desembarcó cerca de Hastings, en la costa meriodional, al comenzar el otoño, hallándose Haroldo en York. El rey inglés salió sin dilación al encuentro del duque normando; y pocos días después, en 15 de Octubre de 1066, se dió en Hastings una de las grandes batallas de la historia. Cayó Haroldo, y en torno suyo murieron luchando los más bravos de sus hombres, que constituían la flor de su ejército. En Diciembre, Guillermo, dueño ya de toda la región meridional, se hizo coronar rey de Inglaterra.

LA OBRA DEL CONQUISTADOR EN INGLATERRA

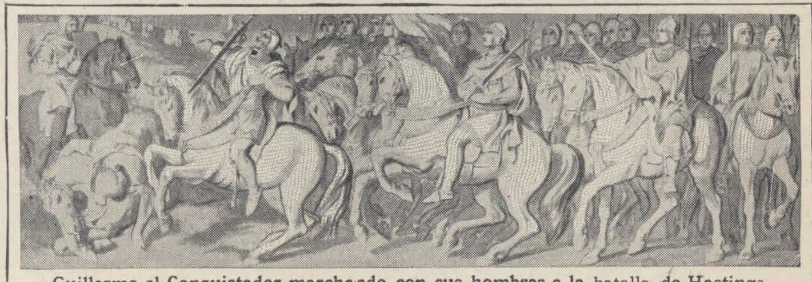
A manos del rey normando pereció la libertad de Inglaterra; los caballeros fueron ejecutados y el pueblo llegó a verse en la última miseria. Guillermo dió muchas tierras y otros bienes a sus secuaces normandos a condición de que, en lugar de pagarle una renta, le suministrasen soldados para la guerra, y ellos a su vez recabaron igual promesa de aquellos a quienes cedieron fincas.

Este sistema feudal, como se ha denominado, prevaleció por largo tiempo en Inglaterra.

Otra obra de Guillermo, que aun subsiste, es el New Forest, en Hampshire, que él hizo expropiar para coto real de caza, sacrificando sin reparo a los pobres habitantes, forzados a abandonar sus viviendas para que aquel terreno sirviese de recreo al caprichoso monarca.

También se hallan aún en pie algunos de los grandes castillos que construyó para mantener el orden en el reino. Es el principal de estos edificios el que forma la parte antigua de la Torre de Londres, donde hay una magnífica capilla normanda, desde cuya tribuna, según se dice, el rey solía asistir con su familia al oficio divino que en ella se celebraba.

Guillermo pasó gran parte de su vida en Normandía, y allí fué a morir por fin, en 1087.



Guillermo el Conquistador marchando con sus hombres a la batalla de Hastings.